
Irak y Occidente en el siglo XX: La historia de una relación estratégica y tumultuosa

*Angélica Alba Cuéllar**

Resumen

Este artículo revisa las dinámicas que caracterizaron la relación entre Irak y Occidente a lo largo del siglo XX y que fueron la manifestación de las pretensiones de dominación de las grandes potencias y de sus disputas sobre una región en la que han confluído históricamente recursos e intereses estratégicos. Esas presiones han generado y exacerbado las complejidades internas y regionales y han tenido, sin duda, una influencia decisiva en el destino del país, aún definido por la injerencia de los poderes externos.

Palabras clave: Penetración colonial, injerencia extranjera, posición estratégica, petróleo, conflictos.

Abstract

This article revises the dynamics that characterized the relation between Iraq and the West along the 20th century and that were the demonstration of the pretensions of domination of the great powers and their disputes over a region in which interests and strategic

* Internacionalista de la Universidad del Rosario, magister en Análisis de problemas políticos, económicos e internacionales del Instituto de Altos Estudios para el Desarrollo del Ministerio de Relaciones Exteriores y la Universidad Externado de Colombia. Profesora de tiempo completo de la Universidad de Bogotá Jorge Tadeo Lozano.

resources have converged historically. Those pressures have generated and exacerbated the regional and internal complexities and they have had, without doubt, a decisive influence in the destiny of the country, still defined by the interference of the external powers.

Keywords: Colonial penetration, foreign interference, strategic position, petroleum, conflicts.

Introducción

La invasión de Irak en 2003 marcó una nueva etapa en el esfuerzo estratégico de reafirmación y extensión del poder de Occidente en el Medio Oriente, que liderado y soportado durante casi una década por los Estados Unidos, ha modificado de manera sustancial la lógica del juego geopolítico en la región y la realidad interna de la nación iraquí. Sin embargo, este es solo el colofón de una relación problemática y ambigua que se ha desarrollado desde fines del siglo XIX, cuando la entonces provincia otomana empezó a suscitar un interés especial entre las potencias europeas. Desde aquel momento, las relaciones entre Irak y Occidente estuvieron marcadas por patrones de dominación e influencia, que expresan la importancia estratégica que ha tenido el país para los grandes poderes; sin duda, este valor ha puesto a la nación en más de una ocasión en la confluencia de esos intereses en diversos escenarios de competencia por el predominio mundial, exacerbando de paso las complejidades y fragmentaciones tanto internas como regionales. Dadas las presentes amenazas a la viabilidad del Estado, resultantes en gran medida de la más reciente intervención externa, es pertinente comprender las dinámicas que caracterizaron la tumultuosa relación entre Irak y Occidente durante el siglo XX, a fin de revisar la influencia del último en cuestiones que van desde el problemático proceso de construcción de la nación iraquí hasta la configuración de las lógicas regionales, todo ello inserto en procesos de cambio en la realidad y los equilibrios internacionales, e incluso de los propios intereses iraquíes en ellos, que tienen sin duda ascendente sobre las lógicas prevalentes en el momento actual.

La penetración occidental y el nacimiento de Irak

El actual Irak, como otros países del Medio Oriente, fue objeto de la competencia entre los poderes europeos y Rusia por establecer y consolidar bases de influencia estratégica desde el siglo XIX. Entonces, la penetración colonial en la región estaba directamente relacionada con el propósito de alcanzar y salvaguardar sus intereses comerciales en un escenario de declive del poder otomano; luego, el interés sobre los recursos energéticos le otorgó una significativa importancia geopolítica, que ha requerido del mantenimiento de un delicado equilibrio, y que ha definido las complejas y cambiantes dinámicas de la relación que ha mantenido ese país con Occidente.

1 En el sudeste de Anatolia.

Para finales del siglo XIX, Gran Bretaña y Alemania eran los dos rivales europeos cuyos intereses chocaban en el Golfo Pérsico. Los británicos estaban interesados en Mesopotamia porque constituía una ruta terrestre directa a la India, mientras que los alemanes pretendían extender su influencia en la región mediante la construcción del ferrocarril anatoliano, que iría desde Konya¹ hasta Bagdad, y de allí a las aguas abiertas. A pesar de la oposición británica por la amenaza que el proyecto representaba para sus líneas de comunicación, vitales en la defensa de la India, los alemanes obtuvieron la concesión por parte del gobierno otomano en 1896². A comienzos del siglo XX, Gran Bretaña, temiendo las intenciones y la avanzada de Alemania en la región, al igual que los propósitos rusos de penetrar por el oriente a través de Irán, fortaleció su posición en el Golfo Pérsico estableciendo, entre otros, acuerdos de protección con los jefes árabes locales.

Sin embargo, es claro que a partir de esa época nada sería más importante en la región del Golfo para Gran Bretaña, y para Occidente, que sus esfuerzos por explotar y salvaguardar los recursos de petróleo allí existentes. En 1901, los británicos obtuvieron la concesión para explotar los campos de petróleo de Irán, específicamente en la región de Khuzestan³, y en 1909 se fundó la Anglo-Persian Oil Company. La refinería de Abadán iba a ser clave para los aliados durante la Primera Guerra Mundial y su defensa, como la de los campos petroleros, llevaría a incrementar los ataques de los británicos contra los turcos en Irak. Es así que, en noviembre de 1914, las fuerzas británicas llegaron a Basora, ya que las posiciones en ese punto prevenían cualquier interferencia enemiga sobre los campos petroleros iraníes, y también sobre las rutas estratégicas hacia la India (M. B., 1941).

Para entonces, las vilayas de Basora, Bagdad y Mosul, aunque formalmente pertenecientes al gobierno otomano, eran regidas por líderes tribales locales y dinastías semindependientes. A medida que colapsaba el Imperio otomano, las tropas británicas pudieron tomar el control de Bagdad (1917), ocuparon Mosul finalizando la guerra y unieron las tres provincias un solo y nuevo país, recuperando para él la denominación 'al-'Irāq' con la que los árabes se referían a Mesopotamia desde el siglo VIII. Así, lo que conocemos hoy como el Estado iraquí es una creación de Gran Bretaña posterior a la guerra⁴. El control del país le fue conferido a Londres con el mandato clase A de la recién creada Sociedad de las Naciones, luego de la división formal del Imperio otomano con el Tratado de Sèvres, y completado tras la Conferencia de San Remo en 1920. Con ello, se legitimó su control sobre el territorio y se preservaron sus pretensiones sobre el petróleo que había sido encontrado en Mosul, inicialmente incluido en el mandato sirio previsto para Francia, pero luego incorporado a Irak. Aun así, ese mismo año los nacionalistas se levantaron en contra de la autoridad establecida por los británicos, con lo cual fue evidente para los

2 La oposición británica, y luego francesa, detuvieron la construcción del ferrocarril hasta Bagdad, que fue retomada en 1911 y completada para finales de la Primera Guerra Mundial.

3 Para 1908 era considerado uno de los campos de petróleo más ricos del mundo.

4 Durante la misma, los franceses y británicos habían concluido el tratado secreto de Sykes-Picot, que desmembraba el Imperio otomano.

últimos que el costo de ejercer un control directo sobre el país era muy alto. Entonces, Londres se planteó recompensar al príncipe Faisal, hijo del jerife de La Meca, con el trono iraquí⁵, con el objetivo de convertirlo en el monarca probritánico del país y de proteger a través suyo sus intereses estratégicos y económicos en el país.

La complejidad de la nación iraquí

De todos los Estados del Medio Oriente, era Irak el que quizá enfrentaba los más grandes obstáculos para su propia formación. La arbitraria naturaleza de sus fronteras, determinada por los británicos a su antojo, y la primacía de las lealtades familiares y tribales más que hacia algún tipo de autoridad más amplia, fuera secular o religiosa, lo hacían de partida un Estado débil e inestable. No obstante, los problemas del naciente Irak van a estar profundamente ligados a su propia naturaleza, cuyo carácter fragmentario sería exacerbado en adelante por la influencia de los grandes poderes.

A pesar del predominio de los árabes y musulmanes suníes en todo el Medio Oriente, el nuevo Estado iraquí iba a ser uno de carácter muy heterogéneo, pues entre otras cosas las tres vilayas tenían hasta entonces muy poco en común, al estar gobernadas durante siglos de manera separada, y con la creación del Estado se imponía la unidad a tres grupos de población que estaban lejos de reconocerse como parte de un mismo proyecto de nación.

En la provincia de Basora, que incluía entonces el puerto de Kuwait, se asentaban de forma mayoritaria poblaciones árabes chiitas, el 50% de la población del país (Simon et al., 2005), esencialmente campesinos, y que albergaban rencores históricos hacia los dirigentes árabes suníes de Bagdad, que habían detentado tradicionalmente el poder y se establecían sobre todo en la región central. En el norte de Mosul existía una mayoría de kurdos, musulmanes suníes de origen indoeuropeo, y a quienes los vencedores de la guerra habían prometido la creación de su propio Estado; sin embargo, estos pronto vieron sus pretensiones desvanecerse y parte de ellos fueron incorporados en el nuevo Estado de Irak, principalmente por la presencia de recursos energéticos en la región, y debido a la preocupación de asegurar que la Compañía Iraquí de Petróleo, de propiedad británica, tuviera el control de la concesión.

Siguiendo su política de “divide y vencerás”, los británicos constituyeron un sistema para balancear el poder central de la monarquía con la influencia regional de los líderes tribales en los tres distritos (Walker, 2003), y virtualmente ignoraron a la mayoría chií en la conformación del gobierno, pues no se les otorgó participación alguna en el gabinete

5 Faisal pertenecía a la casa hachemí, uno de los clanes más importantes de la antigua tribu de los qurayshies, a la que perteneció Mahoma, y cuyo líder detentaba el título de jerife de La Meca, regente y guardián de las ciudades santas. Su padre, el jerife de La Meca en el periodo del colapso otomano, lideró la rebelión árabe contra los turcos, convirtiéndose en califa del Hiyaz; sin embargo, tras su ocupación por parte del clan de los Saud y la anexión del territorio para conformar la actual Arabia Saudita en 1932, los hachemíes fueron expulsados de Arabia. Inicialmente Faisal iba a convertirse en monarca de Siria, pero fue expulsado por los franceses.

de ministros. Como consecuencia fue clara la oposición, que frecuentemente adoptaba la forma de rebelión de los chiíes y los kurdos hacia las disposiciones británicas que favorecían ampliamente a las tradicionales élites suníes, lo que evidencia tempranamente la falta de unidad estructural de la nación iraquí.

La relación con los británicos tras la independencia

Los británicos tenían claros sus objetivos con respecto a Irak y su estrategia debía ajustarse a la situación de independencia que alcanzaría el país eventualmente. El Tratado de Alianza Anglo-Iraquí se firmó en 1930 y entró en vigor en 1932, cuando los británicos otorgaron la independencia al país y este pasó a ser parte de la Liga de las Naciones. Este tratado preveía la consulta completa en el ámbito de los asuntos exteriores por parte de Irak y la asistencia mutua en caso de guerra (M. B., 1941), dependiendo así la existencia del país de un poder fuerte ejercido por el monarca desde Bagdad pero cobijado y aconsejado por los británicos. De este modo, estos mantuvieron una influencia decisiva sobre el país y una alta capacidad para incidir en las decisiones de la monarquía que ellos mismos habían instaurado, a lo cual se sumó la existencia de bases militares y la garantía de la libertad de tránsito para sus tropas. Todo ello aseguraría el escudo protector sobre las rutas hacia la India y el control de las áreas de producción petrolera.

Además de desarrollar proyectos de irrigación, educación y salud pública, y de contribuir en la construcción de la infraestructura del país, numerosos consejeros británicos fueron instalados en diferentes ministerios y ocuparon, bajo contrato, importantes posiciones en la policía y el ejército, conduciendo en la práctica la política de seguridad y la política exterior. Incluso Gran Bretaña le entregó a Faisal aviones bombarderos de la Real Fuerza Aérea para que pudiera responder a las frecuentes insubordinaciones de la población, sin duda muestra de la gran dependencia del país hacia los británicos, y cuestión que a la larga hizo posible que el ejército se convirtiera gradualmente en una herramienta de la represión de Bagdad sobre las regiones, que con frecuencia veían levantarse rebeliones de jefes tribales (Walker, 2003). Esto evidenciaba las dificultades de consolidar el diseño de una nación iraquí, complejizado aún más por la inestabilidad política que sería característica durante algunas décadas, y que incluso amenazaría la posición de los británicos en el país.

El viraje hacia Alemania

Pero no solo los británicos tuvieron una influencia decisiva sobre el país antes de la Guerra Fría. Como se vio, los alemanes habían vuelto sus ojos hacia la región ya en tiempos del Imperio otomano, pues la consideraban como un área de posible colonización y competencia con los franceses y los británicos. Empero, y más allá de lo anterior, se habían establecido vínculos entre los alemanes y los iraquíes a lo largo de varias décadas, pues buena parte de los oficiales del país habían recibido instrucción en las escuelas militares otomanas conducidas con el modelo alemán. Por ello, a pesar de su derrota en la

Primera Guerra Mundial y de la adopción del nacionalsocialismo, que ponía a los árabes solo un poco por encima de los judíos en la escala racial, los alemanes vieron la posibilidad de reactivar la propaganda antibritánica en Irak cuando hacia 1940-41 el conflicto entre iraquíes y británicos era inminente (Simon et al., 2005).

En la década de los treinta, Alemania empezó a ser un modelo a seguir para los iraquíes que, impresionados con su retomado liderazgo y militarismo, admiraban además su política antijudía en un momento en el que sus intereses en Palestina crecían ante la aquiescencia británica frente a la migración de miles de judíos. Agentes alemanes en Irak que reconocían el sentimiento germanófilo, especialmente entre el ejército, adelantaron una política de propaganda y adoctrinamiento dirigidos a destruir la influencia británica en el Medio Oriente, y para 1940 los dirigentes nazis expresaron su apoyo al movimiento nacionalista árabe, esperando, en el caso de Irak, un activo apoyo a Alemania en la guerra (Simon et al., 2005). Por su parte, los británicos esperaban que el gobierno del primer ministro Nuri as-Said, en manifestación de su alineamiento, declarara la guerra a Alemania; sin embargo, y a pesar de sus propias inclinaciones, el fuerte sentimiento antibritánico que se había desarrollado entre los iraquíes limitó su acción a la ruptura de relaciones diplomáticas con Berlín.

En 1940, Rashid Alí al-Kaylani sustituyó a as-Said. Rashid Alí era un nacionalista antibritánico que tenía una cercana relación con el muftí de Jerusalén, quien mantenía estrechos lazos con los nazis. Restableció las relaciones con Alemania y, aunque para entonces el gobierno no había tomado abierto partido hacia el Tercer Reich, la importancia del país y de los intereses que allí existían requería de una respuesta de los británicos, quienes se negaban a reconocer al gobierno nacionalista. Sustituido como primer ministro en enero de 1941, Rashid Alí organizó un golpe de Estado que lo reinstaló en el poder—pero que no derrocó a la monarquía— a comienzos de abril. Para preocupación del gobierno británico, que además observaba las consecuencias de la influencia alemana sobre el país, el nuevo régimen intentó limitar sus derechos, consignados en el tratado de 1930. La respuesta a estas circunstancias fue el envío de una avanzada sobre Basora, clave en el suministro durante la guerra, y la movilización de contingentes británicos a Irak, que invadieron el país entre el 18 de abril y el 30 de mayo de 1941. Luego de la breve guerra anglo-iraquí, el gobierno nacionalista colapsó y huyó a Alemania, finalizándose el breve periodo de rebeldía iraquí, y tras el cual se ratificó el control británico sobre el país.

Irak en el contexto de la Guerra Fría

A pesar de haberse afirmado frente a los alemanes, la influencia militar británica sobre el país empezó a decaer luego de la Segunda Guerra Mundial. El hecho central que constituyó el establecimiento del Estado de Israel en 1948 tuvo un efecto fundamental en las relaciones de Gran Bretaña con sus aliados en la región, y pese a la influencia que mantenía sobre la monarquía, Londres no pudo evitar que Irak formara parte de la coalición

de Estados árabes que atacaron al recién nacido estado judío tras la proclamación de su independencia en mayo. Ese mismo año, el parlamento iraquí rechazó las modificaciones propuestas al tratado de alianza entre los dos países, al igual que lo hicieron los mismos iraquíes, que reaccionaron con violencia frente a esa posibilidad. Sin duda, lo anterior iría en detrimento de la posición de los británicos en la región y en el país; no obstante, el desplazamiento del que sería objeto, junto con los franceses, por parte de los Estados Unidos y la Unión Soviética como los nuevos poderes dominantes en lo que ya se perfilaba como la Guerra Fría, presagiaba un cambio sustancial en el orden que se había establecido en la región hacía casi cincuenta años.

En medio de los cambios que tenían lugar, la influencia norteamericana empezaría a hacerse palmaria en 1955, cuando el gobierno iraquí apoyó la alianza para la seguridad regional impulsada por los Estados Unidos y conocida como el Pacto de Bagdad, cuyo objetivo era frenar a la Unión Soviética en la región. El pacto de ayuda mutua fue firmado por Irak y Turquía y se declaró abierto a todos los países de la Liga Árabe, al igual que a otros Estados interesados en la seguridad del Medio Oriente. Gran Bretaña, Pakistán e Irán adhirieron, pero ningún otro Estado árabe siguió el ejemplo de Irak; incluso algunos de ellos lo censuraron, al rechazar la idea de que la región necesitaba aliarse con sus viejos “amigos” de Occidente. A pesar de ello, este pacto implicaba algo claro: que los Estados Unidos empezaban a asumir el rol hegemónico de Gran Bretaña en la región, y que esta quedaba enmarcada en la disputa entre las superpotencias en el contexto de la Guerra Fría.

La monarquía, cuya relativa estabilidad había sido la herramienta de los británicos para ejercer su influencia sobre el país, sería liquidada más tarde, cuando el 14 de julio de 1958 el general Abdel Karim Kassem, inspirado por el Movimiento de los Oficiales Libres del coronel Gamal Abdel Nasser que había dado un golpe a la monarquía probritánica en El Cairo cinco años atrás, dio un golpe de Estado que abolió el Reino de Irak. Con ello se instauró la República en el país, pero también una fuerte dictadura militar que contó entonces con el respaldo del Partido Comunista Iraquí (PCI).

En el ámbito regional, el nuevo régimen inició un periodo caracterizado por el escalamiento de las tensiones. Kuwait accedió a su independencia en 1961⁶ y Kassem reivindicó que este formaba parte de la antigua provincia otomana de Basora y, por lo tanto, debía incorporarse al Estado iraquí. Esto sin duda constituía un claro desafío a las condiciones impuestas convenientemente por los poderes occidentales, que habían prevalecido sin mayores contestaciones durante el periodo monárquico. El interés de Irak sobre Kuwait era evidente: el petróleo y una salida al Golfo Pérsico a través suyo, que había sido deliberadamente limitada por los británicos, constituían cuestiones de importancia estratégica para el país. Entonces su pretensión fue vista como arriesgada y surgió una oposición de parte de prácticamente todos los Estados árabes y de la Liga Árabe; Kassem no cambió su posición y rompió relaciones diplomáticas con casi todos

6 Era un protectorado británico.

los Estados que reconocieron la independencia de Kuwait (Alam, 1995). Sin embargo, las turbulencias internas y la precaria estabilidad del nuevo régimen no permitieron que una acción concreta sobre el territorio kuwaití fuera llevada a cabo; esto, además, hubiera tenido nefastas consecuencias, pues el entonces presidente Dwight Eisenhower estaba preparado para preservar la seguridad de Kuwait y sus recursos (Walker, 2003), lo que evidenciaba la intención de los Estados Unidos de tener un mayor ascendiente sobre la región. Ahora bien, sus propósitos encontrarían dificultades frente a las pretensiones de los soviéticos en el mismo escenario, que consideraban igualmente estratégico en la competencia por la supremacía global.

Las alianzas cambiantes

Las relaciones entre Bagdad y Moscú fueron intensas aunque tirantes durante buena parte de la Guerra Fría. Tras el golpe que derrocó a la monarquía, el Kremlin expresó un gran interés en la recién creada república, que había emergido como un importante Estado árabe. Su potencial económico —y reservas de petróleo— lo ponían en una posición de liderazgo en una región crucial, y sus acciones y políticas podían ser complementarias de los objetivos de la Unión Soviética. Antes, Irak había roto relaciones con los soviéticos tras el rechazo a sus críticas por la firma del Pacto de Bagdad; pero, luego del golpe militar la URSS reconoció rápidamente la república iraquí, lo que allanó el camino para el mejoramiento de las relaciones, alejó temporalmente a Irak de la esfera de influencia norteamericana y limitó sus relaciones con Occidente.

En el escenario interno, empero, las circunstancias serían volátiles y confusas. En 1963 se produjo un golpe del Baath, partido nacionalista y socialista árabe, que derrocó a Kassem —al parecer con un discreto apoyo de la CIA (Walker, 2003)—, y que instauró un gobierno que duró solo nueve meses en el poder. A la inestabilidad interna se sumó el impacto de la dura derrota en la Guerra de los Seis Días en 1967, en la que Irak fue incapaz de apoyar a los demás países árabes, y un nuevo golpe de Estado entre el 17 y el 30 de julio de 1968, que permitió nuevamente el ascenso al poder del Baath e inició un gobierno que se extendería durante más de 40 años. El partido contaba con un liderazgo exclusivamente suní dominado por una élite de tikritis; fue nombrado como presidente de la República el general Ahmad Hassan al-Bakr y como vicepresidente Saddam Hussein, quienes en la eliminación de sus rivales potenciales en sucesivas purgas, que incluyeron al ejército, encontraron la única manera de asegurar su mando.

Sin embargo, y a pesar de la turbulencia, para los soviéticos Irak seguía perteneciendo a un pequeño grupo de países del tercer mundo capaz de asegurar el acceso a equipamiento militar e industrial a cambio de divisas fuertes o petróleo, cuestiones que lo hicieron importante y atractivo para Moscú en el contexto de la Guerra Fría (Smolansky et al., 1991). El retiro de Irak del Pacto de Bagdad en 1959 contribuyó a profundizar la cooperación con la URSS; aun así, tras el golpe del 68, los líderes del Baath reconocieron más claramente la necesidad de contar con el apoyo de los soviéticos para alcanzar el liderazgo

regional que ya pretendían, ignorando de momento las posibilidades de reparar sus tradicionales lazos con Occidente. Para entonces, la influencia británica terminaba de desvanecerse con el anuncio de retiro del área este del Suez, que culminó en 1971, y los Estados Unidos asumieron a partir de entonces la responsabilidad de defender los intereses estratégicos de Occidente en el Golfo Pérsico, en un escenario que presagiaba un incremento de las rivalidades entre las superpotencias.

En 1970, Irak inició mayores acercamientos con la URSS y en 1972, año en el que se completó la nacionalización de la Compañía Nacional de Petróleo de Irak, tal vez la acción más popular del Baath⁷, los dos países firmaron un Tratado de Cooperación y Amistad, que sin duda marcaría el alineamiento de Irak con los soviéticos. En virtud del tratado, los soviéticos podían hacer uso de la base iraquí de Umm Qasr y se incrementaba la cooperación económica y militar soviética hacia el régimen. 1975 fue el año de mayor envergadura en las relaciones soviético-iraquíes; una cantidad sin precedentes de suministros militares rusos llegó a Bagdad y se extendió la contribución de los soviéticos para darle solución a los problemas con los kurdos, profundizados desde 1961, y que agotaban entonces tanto al régimen como al Estado iraquí.

El tratado, sin duda, generaba preocupaciones en Washington, pues desafiaba sus intereses en la región y alteraba el balance de poder en un momento en el que los Estados Unidos intentaban encontrar el modo de reemplazar a los británicos como garante de la estabilidad en el Golfo (Yetiv, 2008). Esto forzó el ahondamiento de la relación y de la cooperación militar y defensiva con el régimen del sha en Irán, en el cual confiaban para salvaguardar la seguridad regional y mantener el *statu quo*. La venta de armas convencionales al sha, como medio para buscar un balance con Irak, sin duda impulsó la carrera armamentista en la región en medio de la *Détente*.

Sin embargo, y a pesar de su crucial relación con los soviéticos, pronto Bakr y Hussein empezaron a desarrollar una más ambiciosa estrategia en términos de política exterior. Mientras consolidaba las relaciones con la URSS, Irak intensificó las relaciones comerciales con Occidente, principalmente tras la crisis del petróleo y el incremento de los precios del crudo, que generó una cantidad importantísima de divisas útiles para impulsar el desarrollo económico del país y su liderazgo en la región⁸. El colapso de la resistencia kurda liberó eventualmente a Irak de su fuerte dependencia hacia las armas soviéticas y el apoyo ruso, con lo cual Bagdad comenzó a perseguir sus propios intereses en un escenario más amplio. No obstante, Irak se abstuvo de romper definitivamente con los soviéticos, pues seguía manteniendo un discurso de liderazgo regional basado en la idea radical nacionalista árabe que ponía a los Estados Unidos como adversario, y que era conveniente para Moscú, que veía a Irak oponerse sistemáticamente a las políticas de los Estados Unidos en el Medio Oriente (Smolansky, 1991).

7 El impacto de la nacionalización fue dramático; de 1973, cuando sus ventas produjeron U\$1 millón, los ingresos aumentaron en dos años a U\$8 millones. Para 1980 alcanzó U\$26 millones (Polk, 2005).

8 Irak fue el único país árabe que se rehusó a cortar la producción y venta de petróleo.

El acercamiento a los Estados Unidos

Antes de la Primera Guerra Mundial, la política exterior de los Estados Unidos hacia el Medio Oriente era prácticamente inexistente. Entonces, predominaban las cuestiones comerciales, las preocupaciones relativas al trabajo de las organizaciones misioneras cristianas desarrollado desde inicios del siglo XIX en la región, e incluso otros intereses menores relacionados con la arqueología y el turismo. Los norteamericanos llegaron muy tarde, comparativamente hablando con respecto a sus aliados en la guerra –Gran Bretaña y Francia–, al Medio Oriente, y para 1914 el Departamento de Estado lo consideraba como una extensión de Europa (Simon et al., 2005).

La presencia estadounidense empezó a hacerse notoria en Irak en 1928, cuando se constituyó la Iraq Petroleum Company. Este hecho generó una creciente rivalidad anglo-estadounidense, pues los norteamericanos empezaban a ambicionar el rol de los británicos en la región en la explotación de las riquezas petroleras del Medio Oriente; a pesar de ello, los Estados Unidos no desarrollarían una política exterior específica hacia la región sino hasta después de la Segunda Guerra Mundial.

A pesar de su discurso nacionalista radical después del golpe de 1958 y del hecho real de su resistencia hacia el dominio extranjero, el régimen iraquí, que solo había desempeñado un papel limitado con la iniciativa del Pacto de Bagdad, no generó especial preocupación en Washington. Sin embargo, la cercanía de los iraquíes con la URSS luego del tratado de 1972 generó un alto grado de preocupación en los Estados Unidos, que intentaron hacer contrapeso en la región otorgando una ayuda militar sustancial a Irán.

Con todo, tras la revolución iraní, agresivamente antinorteamericana, Irak pasó a tener una importancia cada vez más central para los intereses estadounidenses en la zona, pues Irán se transformó, del pilar fundamental de su estrategia en el Golfo y protector de sus intereses, a la amenaza más importante para su posición en la región. La pérdida de su aliado iraní fue un golpe devastador para Washington, y a partir de entonces, las relaciones entre los dos países estarían marcadas por una hostilidad creciente. Jomeini demonizó a los Estados Unidos y predicó el deber de todos los musulmanes de luchar contra el imperialismo y de poner fin al control extranjero sobre el petróleo del Medio Oriente; negó la legitimidad de los regímenes del Golfo y buscó explotar los mismos reclamos que habían movilizado al panarabismo, es decir, Israel, el imperialismo o la corrupción, a fin de darle a la ideología revolucionaria una impronta decididamente panislamita en toda la región. Ello tuvo un éxito significativo, ya que movimientos de oposición se crearon prácticamente en todos los países árabes, y planteó una amenaza concreta para Hussein, que había asumido también en 1979 el control total de Irak. Jomeini llamó a los iraquíes, principalmente a la mayoría chií, a levantarse en contra del régimen, en lo que sería el preludio de los conflictos por venir, pues se exacerbaban de este modo las animosidades históricas existentes entre ambas naciones.

Desde entonces, y a pesar de que quedó claro que el nuevo régimen iraní no se alineaba tampoco con la URSS –el mayor temor de Washington–, el objetivo fundamental de

los Estados Unidos en la región del Golfo fue el de restablecer su posición hegemónica. Esto forzó a los presidentes Carter y Reagan a buscar una estrategia para la preservación de los intereses estadounidenses a través de la contención a Irán y el mantenimiento de una balanza de poder regional, con lo que la supervivencia del régimen iraquí y la relación con este se convirtieron en una prioridad (Hurst, 2009).

No obstante, el golpe que significó la revolución en Irán, hubo avances fundamentales de la estrategia norteamericana en el Medio Oriente. La firma de los acuerdos de Camp David entre Egipto e Israel en 1978, significó en el corto plazo la eliminación de la posibilidad de un ataque árabe conjunto exitoso contra Israel, con lo que se fortaleció la posición de su aliado en la región y la suya propia, ahora revestida con el éxito de la mediación. Empero, esto produjo la expulsión de Egipto de la Liga Árabe, que fue instigada por Hussein, lo que significaba que un país árabe importante con el que los Estados Unidos mantenían buenas relaciones había perdido su influencia en la región. Esto, además, abría la posibilidad del surgimiento de un nuevo líder en el mundo árabe, papel que Hussein ambicionaba para Irak.

Pese a ello, en el escenario interno los baathistas temían el surgimiento de una subversión, miedo que fue alimentado por el golpe apoyado por los soviéticos en Afganistán en abril de 1978 y que condujo a la supresión del Partido Comunista Iraquí, una acción que desmejoró significativamente las relaciones con la URSS⁹. El gobierno de los Estados Unidos reaccionó a la cadena de hechos con una declaración pública, en la que quedaba establecido que

(...) un intento por parte de cualquier fuerza externa de ganar el control sobre la región del Golfo Pérsico será vista como una ataque a los intereses vitales de los Estados Unidos... y este será repelido por cualquier medio necesario, incluida la fuerza militar¹⁰.

Este sería el eje de la doctrina Carter, y significaba que los Estados Unidos iban a librar un rol más directo en cuestiones de seguridad en el Golfo que antes, frente a la pérdida de Irán como apoyo en ese esfuerzo¹¹. En ese sentido, Irak era un Estado con el potencial para contener a Irán, así que para finales de los años setenta el país parecía estar moviéndose hacia una posición más pragmática y también más “moderada” a los ojos de Occidente.

La guerra con Irán y el papel de Occidente

Sin duda alguna, la guerra entre Irak e Irán fue la expresión de las rivalidades regionales, que enmarcaban las intenciones de Hussein de sustituir a Irán como el Estado más

9 Además, Bagdad empezó a buscar la manera de reducir su dependencia hacia Moscú; para 1981 el 83% de las importaciones civiles iraquíes provenían de fuera del bloque soviético, mientras que las compras militares a la URSS fueron de un 95% en 1972 al 63% en 1980 (Hurst, 2009).

10 Traducción de la autora. Declaración de enero 23 de 1980. http://americanhistory.about.com/od/warsanddiplomacy/tp/foreign_policy_doctrines.htm.

fuerte del Golfo Pérsico. Desde la perspectiva iraquí, Irán significaba una gran amenaza. Hussein y Jomeini sentían una mutua y creciente animadversión: el régimen teocrático iraní se oponía al secular de Irak y lo consideraba ilegítimo, y Saddam temía que la influencia de los ayatolás lograra estimular un levantamiento de la mayoría chií del país en su contra. Además, las disputas territoriales habían signado la relación entre ambas naciones durante décadas; estas se habían intensificado incluso desde el golpe de Kássim, especialmente con respecto a la delimitación del Shatt al-Arab, la única vía de salida al Golfo Pérsico para Irak, y la rica región del Khuzestan, llamada Arabistan por los iraquíes¹², fue el objetivo de las ambiciones de los gobiernos del país desde esa época. A pesar de haber logrado un acuerdo en Argel sobre las disputas que mantenían en 1975¹³, este fue debilitado gradualmente desde la llegada al poder de Hussein, que seguía con preocupación los eventos políticos en Irán (Rajaei, 1993).

En septiembre de 1980, Irak inició la guerra contra su vecino, aunque en los meses anteriores al estallido de las hostilidades, los iraníes denunciaron cientos de ataques de artillería y los iraquíes violaciones a sus fronteras y espacio aéreo (Swearingen, 1988). Aprovechando su estatus en el mundo árabe, su crecimiento económico y su poderío militar, Hussein emprendió esta maniobra buscando subvertir a la república islámica y dividir el país, es decir, separar al rico Arabistan del resto de Irán, ocupando amplias áreas en el occidente. Además con una victoria, que esperaba fuese rápida, podía reversar la humillación sufrida en el acuerdo de Argel, redefinir las fronteras con una soberanía total sobre el Shatt, y convertirse en el poder dominante en el Golfo.

En el contexto más amplio, un triunfo decisivo de cualquiera de los dos no era deseable para los Estados Unidos, que hasta fines de 1981 se mantuvo neutral. Irak era aún aliado de la URSS, si bien mantenía con ella relaciones problemáticas, y los soviéticos intentaban acercarse a Irán, que optó por el rechazo hacia ambos súper-poderes. Pero, aunque ambos países eran antinorteamericanos en general, una victoria iraní representaba una posibilidad que los Estados Unidos no se podían permitir. Carter quería reasegurar las alianzas regionales con los Estados del Golfo, que querían evitar a toda costa un triunfo de Irán y empezaron a proveer asistencia a Irak.

Así que en principio existía una alineación de intereses en la región y en el periodo de Reagan, antes de restablecer las relaciones diplomáticas con Bagdad¹⁴, el gobierno norteamericano desarrolló un programa de asistencia para apoyar el esfuerzo de guerra iraquí. A pesar de lo complejo que resultaba abordar las relaciones con Irak debido a su aún existente alianza con los soviéticos, Washington empezó a acercarse a Hussein, especialmente a partir de 1982. Removió a Irak de su lista de países patrocinadores del terrorismo y le

11 Arabia Saudí no tenía una capacidad militar importante ni tampoco las pequeñas monarquías del Golfo.

12 De mayoría árabe.

13 Irak renunció a sus pretensiones sobre el Khuzestan y fue reconocida la soberanía iraní sobre la mitad del Shatt. También se suspendió la ayuda de Irán a los rebeldes kurdos.

14 Rotas desde octubre de 1967.

proveyó inteligencia, lo que le permitió al régimen fortalecer sus defensas y mejorar sus habilidades para combatir (Yetiv, 2008). Luego, se incrementaron los contactos de alto nivel; Donald Rumsfeld se reunió en 1984 con Saddam Hussein en Bagdad, y ese año ambos países restablecieron sus relaciones diplomáticas¹⁵. Así, la política norteamericana evolucionó, de un esfuerzo para mantener el balance de poder entre Irán e Irak al inicio de la guerra, a un esfuerzo por comprometer a Irak en una alianza informal frente a la amenaza iraní.

En 1987 los dos países firmaron un acuerdo de cooperación económica y técnica por cinco años y los Estados Unidos, junto a otros países occidentales, suplieron a Irak de sofisticadas armas a través de terceros países, incluyendo los medios para desarrollar armas químicas y biológicas procedentes de Alemania (Yetiv, 2008). Con ello se evidencia que Occidente en general, y los Estados Unidos en particular, no dudaron en contribuir a la construcción del arsenal estratégico iraquí, que luego les ocasionaría serias dificultades.

La guerra de desgaste duró 8 años hasta que en julio de 1988 los dos países aceptaron la Resolución del Consejo de Seguridad de Naciones Unidas para terminarla. Esta tuvo como resultado el mantenimiento de los límites territoriales anteriores al estallido del conflicto y este finalizó sin un vencedor claro¹⁶. A pesar de que Irak emergió de la guerra con un mayor poder militar del que tenía en 1980, y que permitió mantener la posición de Hussein, el país quedó seriamente endeudado. La guerra había generado una creciente dependencia de Irak hacia Occidente y hacia sus aliados árabes, y los costos en los que incurrió para sostenerla causaron severos efectos en la capacidad económica y política del régimen. Esta debilidad fue contrarrestada internamente mediante la instrumentalización del miedo de la población frente a la posible instauración de una república islámica en Irak y la represión de los aparatos de seguridad (Farouk-Sluglett et al., 2001).

Después de la guerra, y tras el ascenso de George Bush a la presidencia de los Estados Unidos, mantener relaciones constructivas con el régimen en Bagdad constituía un objetivo del gobierno. Pese a ello, no sería fácil; Saddam Hussein se fue haciendo más hostil, Irak emergió como una amenaza importante y los Estados Unidos comenzaron a temer sus intenciones en la región.

Los cambios internacionales y la invasión a Kuwait

El orden de las cosas se encaminaba hacia profundos cambios. El declive soviético anticipaba para los árabes una hegemonía incontestada de los Estados Unidos en la región y Hussein, que había proclamado una victoria sobre Irán, hizo un llamamiento para expulsar a los norteamericanos de la región y desafiar su poder, una acción para muchos cier-

15 Que habían sido fracturadas por el régimen iraquí tras el apoyo de los Estados Unidos a Israel en la Guerra de los Seis Días.

16 Se estima que hubo más de un millón de muertos, un millón de refugiados y miles de prisioneros de guerra. La guerra costó a cada país cerca de U\$1 millón al mes (Swearingen, 1988).

tamente desconcertante proviniendo de un gobernante que recientemente había recibido una importante ayuda estadounidense.

El deterioro de las relaciones fue rápido. Para 1989, Washington advirtió el propósito de Hussein de desarrollar armas nucleares tras el estallido de varios escándalos alrededor del descubrimiento de partes de armamento nuclear en el equipaje de viajeros iraquíes en el aeropuerto de Heathrow, lo que por supuesto le resultaba inquietante. A ello se sumaron hacia 1990 denuncias sobre violaciones a Derechos Humanos por parte del régimen, principalmente en contra de los kurdos en el norte a quienes el régimen atacó con armas químicas en 1988. Todo ello generó en Irak una sucesión de condenas a los medios occidentales instigadas por Hussein, se hizo más virulenta la campaña antioccidental, con acusaciones de maquinaciones imperialistas en su contra, y se produjo el escalamiento de las amenazas contra Israel tras el anuncio del desarrollo de armas químicas que podían alcanzarlo (Yetiv, 2008).

Pero en realidad, sus intenciones estaban fijadas en su propio vecindario. Hussein criticó a los Estados de la región por emprender una guerra económica contra su país y estaba determinado a proveer a Irak de un más amplio acceso a las aguas del Golfo. Puso sus ojos sobre las islas kuwaitíes de Bubyán y Warba, resucitó los reclamos sobre parte del campo petrolero de Rumayla que iba del norte de Kuwait hasta Irak, y lanzó varias amenazas contra ese país. En julio de 1990, dio un discurso en Bagdad en el que confirmó la eventualidad de la guerra:

(...) gracias a nuestras nuevas armas, los imperialistas ya no podrán lanzar ataques militares en nuestra contra, así que han elegido apoyar una guerra económica con la ayuda de los agentes del imperialismo, los líderes de los Estados del Golfo. Su política de mantener los precios del petróleo bajos es una daga envenenada enterrada en la espalda de Irak. Si las palabras fallan para protegernos, no tendremos más opción que actuar para restablecer el correcto estado de los asuntos y restaurar nuestros derechos (Salinger, 1995: 600)¹⁷.

Irak se convertía así en la amenaza más importante para la región y para los Estados Unidos, que hasta hacía poco la constituía Irán, aunque es cierto que la atención de los norteamericanos en ese momento se concentraba en los acontecimientos que tenían lugar en la Unión Soviética y Europa oriental.

En la madrugada del 2 de agosto, las primeras tropas de la División Hammurabi de la guardia republicana iraquí empezaron a moverse hacia la frontera con Kuwait. Pasar de las amenazas a la acción constituía un intento de Hussein de aprovechar el descongelamiento de la Guerra Fría para intentar remover las fronteras impuestas luego de la Primera Guerra Mundial. A pesar de la centralidad que en ese momento tenían los acontecimientos que precedían el colapso de la URSS, Estados Unidos no podían permitir un ataque de esa naturaleza en la región del Golfo; si bien es cierto que para el momento el país recibía

¹⁷ Traducción de la autora.

solo el 8.7% de su petróleo de Irak y Kuwait (Yetiv, 2008), la creciente interdependencia energética implicaba que los precios del petróleo en el mercado afectaban a todos los compradores, independientemente de cuánto recibían y proveniente de qué regiones. Además, la amenaza que se cernía sobre la monarquía saudí como consecuencia de la movilización de tropas iraquíes a la frontera compartida, impelía a los Estados Unidos y a la comunidad internacional a poner freno a las acciones del régimen de Bagdad¹⁸.

El Consejo de Seguridad de Naciones Unidas aprobó rápidamente una serie de resoluciones condenando la invasión de Kuwait y exigiendo el inmediato retiro de las tropas de Hussein¹⁹, y Gran Bretaña, Francia, Estados Unidos, Alemania y Japón congelaron los activos kuwaitíes e iraquíes. Además, tanto el gobierno norteamericano como el soviético suspendieron los envíos de armas a Irak y fueron aprobadas sanciones económicas y comerciales sobre el país. Como consecuencia de todo lo anterior, además de la tensión internacional generada, el precio del petróleo prácticamente se duplicó (Farouk-Sluglett et al., 2001).

A pesar del apoyo de algunos sectores del mundo árabe, —especialmente Jordania—, los territorios ocupados y ciudades norafricanas que compartían su sentimiento antioccidental, los países de la región en general, rechazaron la invasión de un Estado árabe por parte de otro. A finales de noviembre la ONU, con la presión creciente de los Estados Unidos, emitió la resolución 678, que autorizaba a los Estados miembros a usar todos los medios necesarios, incluida la fuerza, para expulsar a Irak de Kuwait si no se retiraba antes del 15 de enero de 1991. Ante la negativa de Hussein a acatar las resoluciones, pues contaba hasta el último momento con la posibilidad de veto de la URSS en el Consejo de Seguridad²⁰, los Estados Unidos y sus aliados ingleses, franceses, saudíes, egipcios y sirios iniciaron los bombardeos sobre Irak el 17 de enero. Irak respondió lanzando misiles Scud sobre Arabia Saudí e Israel.

El mandato del Consejo de Seguridad era claro: obtener la retirada inmediata y completa de las tropas iraquíes de Kuwait y el restablecimiento del poder legítimo y la soberanía del país, así como la instauración de la paz y la seguridad en la región²¹. Para lograr esto último, se planteaba una cuestión fundamental: ¿las acciones militares debían llegar a derrocar el régimen de Saddam Hussein? El comportamiento del régimen iraquí en el trato de los prisioneros de guerra, con el bombardeo deliberado de poblaciones civiles en Israel y el envenenamiento de las aguas del Golfo, podían considerarse crímenes de guerra y ponían en evidencia las dificultades que comportaba el mantenimiento de Hussein en el poder. Sin embargo, la posibilidad de un derrocamiento era lejana. Para los aliados árabes, y a pesar de su oposición a las acciones de Hussein, la supervivencia del Estado iraquí

18 En aplicación del tratado firmado en 1945 por el presidente Roosevelt y el rey Abdul Aziz ibn Saud.

19 Resolución 660 del 2 de agosto de 1990.

20 Pese a ello, a comienzos de 1991 los dirigentes del Kremlin estaban más ocupados con sus disputas por el poder y no quisieron tomar el riesgo de una prueba de fuerza con Washington.

21 Resolución 678 del 29 de noviembre de 1990.

era importante, pues constituía una gran fuerza disuasoria frente a Israel. Para Occidente, llegar hasta Saddam suponía desestabilizar la región, pues significaba debilitar a Irak y permitir el fortalecimiento de Irán, que buscaba extender su influencia y no olvidaba sus objetivos estratégicos de lograr la hegemonía en la región del Golfo. Se consideró además que llegar hasta Bagdad implicaría bajas potenciales que no eran aceptables y que establecer un régimen que liderara la era pos Saddam no sería fácil en lo absoluto, además de que el mandato de la ONU no permitía dicha acción. Así que por el momento, mantener a Hussein en el poder parecía ser, a pesar de todo, una garantía de estabilidad.

Los Estados Unidos enfrentaron la guerra con Irak con los sistemas militares y el armamento que había sido diseñado para una latente guerra de alta intensidad con la URSS y las estrategias implementadas en la operación ‘Tormenta del Desierto’ se enfocaron en lograr la victoria haciendo uso de todos los recursos disponibles. Las fuerzas iraquíes en Kuwait fueron rápidamente aplastadas por la aviación estadounidense y el 27 de febrero el cese al fuego fue decretado. El presidente Bush tomó, conforme a las resoluciones de la ONU, la decisión de detener a la mayor parte de las fuerzas terrestres de la coalición en la frontera sur de Irak y no apoyar los movimientos de los chiitas en el sur y los kurdos en el norte, hostiles a Hussein.

No hay duda de que los Estados Unidos fueron los grandes ganadores de la Guerra del Golfo. Esta fue, sin duda, la ocasión perfecta para penetrar definitivamente en la parte continental de la región, clave desde el punto de vista geopolítico, y la victoria sirvió para reconocer la hegemonía estadounidense en el Medio Oriente. Además, el hecho fue reclamado como la confirmación de la instauración de un nuevo orden mundial que sin duda lideraban, lo que será más evidente en noviembre de ese año cuando desapareciera la URSS.

Con todo, la guerra del Golfo tendría consecuencias progresivamente peligrosas. La mayor parte de los árabes juzgaría las acciones de los Estados Unidos como agresiones deliberadas contra el mundo árabe, en tanto que para muchos, Irak era además el único país que podía hacer la unidad y amenazar realmente a Israel, lo que le generó una hostilidad creciente. Esto alimentó además el surgimiento de algunas expresiones fundamentalistas que parecieron ser más visibles –a partir de entonces– a lo largo del todo el mundo árabe, algunas de las cuales más tarde constituirían una nueva amenaza para la seguridad de Occidente.

Irak a fines de siglo

La invasión iraquí a Kuwait inició un periodo en el cual la política estadounidense incidiría claramente en el rumbo y los eventos en Irak, en un escenario de creciente hostilidad mutua, y en el que el país sufriría las consecuencias de las sanciones internacionales impulsadas por Washington, que tuvieron un profundo efecto sobre la población.

Luego de la guerra el régimen fue obligado a destruir, con la supervisión internacional, sus armas de destrucción masiva –químicas y biológicas– y sus misiles balísticos de me-

diano alcance, a someterse a inspecciones en el futuro y a no desarrollar armas nucleares. Fue sujeto a control de sus exportaciones petroleras y de sus importaciones y debía pagar a Kuwait considerables indemnizaciones, que generarían grandes dificultades para la nación iraquí²². De acuerdo con numerosas fuentes, miles de ciudadanos, muchos de ellos niños, murieron de hambre o problemas médicos; la provisión de servicios médicos y de educación se deterioró notablemente y las enfermedades asociadas a la pobreza reaparecieron desde 1991. Para 1996, cerca de 3 millones de iraquíes habían abandonado el país (cerca del 15% de la población), aunque los más cercanos a Hussein hicieron grandes fortunas provenientes de la organización del sistema de racionamiento, de la venta ilegal de petróleo o de la especulación de moneda extranjera (Farouk-Sluglett et al., 2001).

En 1995, el Consejo de Seguridad autorizó a los Estados a importar de Irak petróleo y derivados por una cantidad no superior a 1,000 millones de dólares cada 90 días, durante un total de 180 días, con el objetivo de generar recursos para que el país pudiera comprar artículos que contribuyeran a paliar las necesidades del pueblo iraquí²³. En 1996 se inició el programa Petróleo por alimentos, tras la aceptación del régimen de la resolución 986, motivada realmente por la posibilidad del levantamiento de sanciones. Sin embargo, este no se produjo, pues existían serias revelaciones sobre el tamaño de los arsenales de armas convencionales y no convencionales iraquíes por parte de desertores del régimen y de la Comisión Especial de las Naciones Unidas, UNSCOM (por sus siglas en inglés). Los dos jefes del organismo, Rolf Ekéus (1991-1997) y Richard Butler (1997-1999) afirmaron que el programa de armas biológicas iraquí, así como los precursores químicos VX de paradero desconocido, representaban una amenaza vigente (Farouk-Sluglett et al., 2001); por tanto, y a pesar del programa, la situación humanitaria siguió siendo grave, pues estaba claro que en medio de las dificultades que enfrentaba la población como consecuencia de las sanciones, Hussein consideraba más importante mantener su capacidad militar y su posición desafiante hacia la comunidad internacional.

Por otra parte, la zona de exclusión aérea creada por los Estados Unidos, Gran Bretaña y Francia, sin el apoyo de las Naciones Unidas, en el norte kurdo –de donde las autoridades militares y civiles iraquíes se retiraron gradualmente y en la cual se creó una región autónoma de facto que mantenía la animosidad con Bagdad–, y en el sur mayoritariamente chií –hostiles al régimen por las persecuciones que habían sufrido sistemáticamente y de quienes Hussein desconfió siempre–, dividió al país y generó preocupaciones entre los expertos sobre la posibilidad de una desintegración, que podía además cambiar el balance de poder en la región. No obstante, el Estado mantuvo su integridad con el puño fuerte de Hussein.

22 Resolución 687 del 3 de abril de 1991. Con ella se estableció la UNSCOM, que tenía la misión de verificar la destrucción de las armas y de realizar visitas de inspección sin previo aviso. Fue reemplazada por la Comisión de las Naciones Unidas de Vigilancia, Verificación e Inspección (UNMOVIC) (por sus siglas en inglés) en 1999.

23 En 1991 el Consejo de Seguridad había ofrecido a Irak la posibilidad de exportar petróleo en cantidades limitadas y en determinadas condiciones, a fin de sufragar la compra de artículos de índole humanitaria, pero estas resoluciones no se aplicaron, pues Irak consideraba los términos como una violación a la soberanía del país.

A pesar de las sanciones y de sus dificultades internas, el régimen hizo nuevos y desesperados movimientos militares y movilizó tropas hacia la frontera con Kuwait en 1994. El entonces presidente norteamericano Bill Clinton reaccionó en cuestión de horas, advirtiéndole a Saddam no cruzar el límite. Inmediatamente despachó barcos y tropas a la región, demostrando que podría lanzar un ataque de gran magnitud sobre Irak si este llevaba sus tropas más lejos. Hussein retrocedió rápidamente y la posibilidad de una segunda invasión a Kuwait fue detenida entonces.

Entre 1994 y 1998, el trabajo de la UNSCOM fue constantemente obstaculizado por el régimen; las inspecciones eran impedidas hasta que las amenazas de bombardeos o retaliaciones por parte de los Estados Unidos eventualmente las permitían. En noviembre de 1997, los inspectores fueron obligados a abandonar el país y nuevos enfrentamientos entre el jefe del organismo y el régimen de Bagdad en diciembre de 1998 resultaron en la operación Zorro del Desierto, en la cual las fuerzas aéreas estadounidenses y británicas bombardearon presuntas fábricas de armas químicas e instalaciones industriales-militares y de seguridad interna, y que constituyó la última gran maniobra de los Estados Unidos, con el respaldo del Reino Unido, en contra del régimen iraquí antes de finalizar el siglo.

Empero, Hussein fue capaz de seguir siendo el amo absoluto del país, de pretender todavía –aunque ya sin recursos suficientes– una posición destacada en el ámbito regional, y de intentar reconstruir su disminuida capacidad militar, aún a expensas del bienestar de la nación. Sin embargo, lo más significativo es que, a pesar de las circunstancias, Saddam Hussein mantuvo firme su desafío a los Estados Unidos y a Occidente, teñido cada vez más frecuentemente de visos religiosos, siendo para los estadounidenses su ‘otro’, su enemigo indiscutido. Esto sin duda lo haría un objetivo claro en el escenario internacional que se configuraría a partir del 2001 y que conllevaría a la invasión del país, en desarrollo de la llamada guerra mundial contra el terrorismo.

Conclusiones

No queda duda de la complejidad y turbulencia que han caracterizado las relaciones entre Irak y Occidente. Si bien han fluctuado de acuerdo con los intereses desplegados por los diferentes regímenes impuestos en el país, estos han estado claramente supeditados a los cambios y transformaciones que han tenido lugar en los escenarios regional y global, a las preocupaciones de los poderes externos y a sus intenciones estratégicas en la región del Golfo.

Luego de que los británicos, artífices y creadores del Estado iraquí, perdieran su estatus de gran potencia, y ante la recomposición del equilibrio mundial a mediados de siglo, los Estados Unidos se convirtieron en el referente principal, para bien o para mal, de las relaciones de Irak con Occidente. En medio de las fluctuaciones y tensiones propias del contexto de competencia y rivalidad con la Unión Soviética en la región, y del rechazo de Irak a la influencia occidental tras la proclamación de la república, de un marcado talante nacionalista, Bagdad se aproximó a Moscú. Empero, las lógicas regionales, sacudidas

y transformadas tras la revolución islámica en Irán, acercaron temporalmente a Hussein a la órbita de influencia estadounidense, desarrollándose una relación crucial frente a la amenaza que significaba para ambos el régimen de los ayatolás.

Sin duda, las ambiciones de Hussein sobre Kuwait y la adopción de una postura desafiante hacia Occidente, marcaron el inicio de una escalada en las tensiones y el desarrollo de unas relaciones signadas por la hostilidad. A partir de entonces, Washington intentó mantener su influencia sobre la región previniendo cualquier agresión por parte de Irak, haciendo al régimen cada vez más débil y manteniéndolo en las difíciles condiciones derivadas de las sanciones internacionales que, si bien ejercían una presión necesaria sobre Hussein, afectaban notoriamente a la población del país.

Durante la década de los noventa, los Estados Unidos no dudaron en aplicar una política de contención sobre el régimen, siempre con la sospecha de la posesión y desarrollo de armas de destrucción masiva. Este poderoso argumento, sumado al que vinculaba a Hussein con Osama bin Laden, fue luego utilizado para justificar la invasión del país en el 2003, después de su inclusión en el llamado Eje del mal. Con ella, se inició una nueva fase de injerencia externa en Irak, marcada evidentemente por el interés sobre los recursos estratégicos, que en esta ocasión implicó el derrocamiento del régimen y la ocupación del país, lo que tuvo devastadoras consecuencias sobre la nación, cuya fragmentación fue exacerbada, y que hoy ponen en duda la propia viabilidad del Estado iraquí.

Bibliografía

- Alam, M. (1995). *Iraqi foreign policy since revolution*. New Delhi: Mittal Publications.
- Farouk-Sluglett, M. y Sluglett, P. (2001). *Iraq since 1958: From revolution to dictatorship*. London: I. B. Tauris.
- Hurst, S. (2009). *The United States and Iraq since 1979: hegemony, oil and war*. Edinburgh: Edinburgh University Press.
- M. B. (May 3, 1941). "The position of Iraq in the Middle East." *Bulletin of International News, Royal Institute of International Affairs*, Vol. 18, No. 9, 543-548. Disponible en: <http://www.jstor.org/stable/25643010>.
- Polk, W. R. (2005). *Understanding Iraq: A whistlestop tour from ancient Babylon to occupied Baghdad*. London: I. B. London.
- Rajaei, F. (Ed.). (1993). *The Iran-Iraq war: the politics of aggression*. Gainesville: University Press of Florida.
- Salinger, P. (1995). "The United States, the United Nations, and the Gulf War." *Middle East Journal*, Vol. 49, No. 4, 595-613. Disponible en: <http://www.jstor.org/stable/4328866>.
- Simon, R. S. (2004). *Iraq between the two world wars: The militarist origins of tyranny*. New York: Columbia University Press.

- _____. y Tejirian, E. H. (2004). *The creation of Iraq, 1914-1921*. New York: Columbia University Press.
- Smolansky, O. M. y Smolansky, B. M. (1991). *The USSR and Iraq: The soviet quest for influence*. Durham, NC: Duke University Press.
- Swearingen, W. D. (1988). Geopolitical origins of the Iran-Iraq war. *Geographical Review*, Vol. 78, No. 4, 405-416. Disponible en: <http://www.jstor.org/stable/215091>.
- Walker, M. (Spring, 2003). "The making of modern Iraq". *The Wilson Quarterly*, Vol. 27, No. 2, 29-40. Disponible en: <http://www.jstor.org/stable/40261182>.
- Yetiv, S. A. (2008). *The absence of grand strategy: The United States in the Persian Gulf, 1972-2005*. Baltimore, MD: Johns Hopkins University Press.

Páginas web

- http://americanhistory.about.com/od/warsanddiplomacy/tp/foreign_policy_doctrines.htm
- <http://www.cinu.org.mx/temas/iraq/doctos/660.pdf>
- <http://www.cinu.org.mx/temas/iraq/index.htm>